

PRECIO DE SUSCRICION.

EN MADRID.

| | |
|----------------------|-----------|
| Por un mes. | 4 reales. |
| Por tres id. | 11 » |
| Por seis id. | 21 » |
| Por un año. | 40 » |

Sale los miércoles y sábados: venta pública los jueves y domingos.

La suscripción empieza en 1.º y 15 de cada mes.

ADMINISTRACION Y REDACCION,
Huertas, 10, principal.

No se sirve suscripción cuyo importe no se reciba con el aviso, en libranza ó sellos. La correspondencia, al DIRECTOR DE GIL BLAS.

Número suelto, CUATRO CUARTOS.

GIL BLAS

(SEGUNDA ÉPOCA)

PRECIO DE SUSCRICION.

EN PROVINCIAS.

| | | |
|---------------------------------|------------------|------------|
| Por tres meses, en la Adminis- | tracion. | 15 reales. |
| Por seis id. | | 28 » |
| Un año id. | | 50 » |
| ESTRANJERO, tres meses. | | 30 » |
| ULTRAMAR, un año. | | 6 pesos. |

Se suscribe en la Habana:—Propaganda literaria, calle de la Habana, núm. 400.

ADMINISTRACION Y REDACCION,
Huertas, 10, principal.

Toda suscripción hecha por comisionado costará un real más en Madrid y dos en provincias.

LO QUE CORRE POR AHÍ.

Echense Vds. á buscar una cuestion interesante por esos mundos de Dios; registren las esferas celestes, las predicciones del *Aragonés* y los versos de Zorrilla, y despues de muchas vueltas por arriba y por abajo, no tendrán más remedio que confesar lo que todo el mundo confiesa:—que Francia y Prusia van á romperse la geta.

Esta es la cuestion magna, la cuestion gorda, la verdadera cuestion batallona.

Sin salirnos del estrecho círculo consagrado á la parte histórica en un asunto de tanta importancia, vamos á decir algunas palabras sobre lo que tanto preocupa á los que, como nosotros, están destinados á ser meros espectadores del espectáculo europeo, y á los que la Providencia ha escogido para que mueran en los campos de batalla.

Entre Bélgica y la Prusia rhiniana hay una lengua de tierra que se llama el ducado de Luxemburgo, con doscientos mil habitantes que cantan la música de Betowen, y pertenecen á Holanda.

Un día se levantó Francia con ganas de hablar alemán, y se dirigió á Holanda:

—Vecina, me van ya cargando un poco los banquetes de Prusia: cada día se almuerza un nuevo reino, ducado ó principado.

La Holanda debió contestar:

—Tampoco á mí me hacen mucha gracia esas gracias de Prusia.

—En tal caso, hagamos un trato. Yo doy á usted cien millones de francos, y Vd. me da el ducado de Luxemburgo; porque no ha de ser solo Prusia la que coma.

—Con una condicion: que ha de consentirlo Prusia, y que ha de ser consultado el parecer de mis buenos luxemburgueses.

—Trato hecho.

—Daca esos cinco.

Tenemos que, siendo el Luxemburgo un rincon con doscientos mil habitantes, y dando Francia cien millones, salen á quinientos francos por cabeza: me parece caro para los tiempos que corren.

Estando en esto, la Alemania entera se levanta con la pipa en la boca, y hace un guiño á Prusia, como diciendo:

—¿Oyes tú? Los habitantes del Luxemburgo hablan alemán y cantan los cuartetos de Flotow; conque no debemos consentir que se separen de la patria alemana.

Y contestó Prusia:

—Me parece bien, y vuestro deseo será mantenido por mí.

Un parte telegráfico sale para Holanda:

«Luxemburgo alemán quieto ó sopapina.»

Holanda telegrafió á Francia:

«Prusia que nones.»

Y acto continuo las tropas prusianas entraron en el Luxemburgo.

Alarma en Paris. Medrana en toda Europa. Lo que fuere sonará.

Hasta aquí la historia.

Los políticos harán las apreciaciones que tengan por conveniente.

Nosotros ni podemos ni queremos hacerlas.

Pasemos á otra cosa.

El calor ha venido estos días á decirnos, con ese lenguaje mudo que tan bien sienta á la naturaleza, que la ropa de invierno se nos va haciendo pesada.

Los ciudadanos echan una mirada retrospectiva, y dan la razon á la naturaleza; pero no solo se hace pesada la ropa de invierno, sino la atmósfera que se respira en los salones.

Quando los árboles se visten de verde, justo es que nosotros abandonemos el paño,—y el piano.

¡Dulces horas pasadas oyendo música y letrillas, quedad con Dios!

Empieza á respirar mi buen amigo Santistéban, á quien de todas veras siento verlo fatalmente obligado durante un invierno á recitar versos que, por efecto sin duda de la poca memoria de sus contertulios, tiene que repetir todas las noches.

Comprendo los esclavos del frac.

Pero es mucho más digno de lástima el esclavo de sus versos.

El mundo de la sastrería empieza á agitarse.

En los escaparates de las tiendas aparecen telas y trajes de primavera.

Unos los miran y pasan.

Otros se detienen un momento, los contemplan en silencio, y emprenden su camino, no sin echar una miradita atrás, como el que deja algo pendiente.

Quien mueve la cabeza, y parece decir: «me conviene.»

Quien abre los ojos, y exclama: «si no fuera caro...»

La economía escudriña los últimos rincones del bolsillo, y hace balance general.

En el presupuesto de la sociedad se lee este aforismo terrible:

«Nada hay tan caro como vivir.»

¡Vivir! Para un ciudadano del centro del Africa la cuestion es fácil: consiste en salir con el sol, comerse lo primero que caiga y esconderse con el sol hasta la mañana siguiente.

Para un madrileño la cuestion es más difícil que tocar bien la obra 93 de Beethoven.

El que salga con el sol y aguarde á comerse lo que caiga, esté seguro de morir de hambre, porque aqui no cae nada como no sea un tiesto que le apabulle el sombrero.

Los cambios de estacion, por otra parte, son los pri-

meros enemigos con que tenemos que luchar.—¿Por dónde atacaré al sastre? dice un señorito con la mayor frescura.

—¡Ojo! Lo que es á mí no me la pegan; murmura el sastre escuchando al paño como en las comedias.

Suplico á mi sastre, que suele leerme por cuatro cuartos, tenga confianza en los hombres. Si falta la confianza, ¿qué será de la sociedad? (Esta teoría me conviene.)

Luis Rivera.

LA SANA CRÍTICA.

Un periódico satírico, y algun otro que sin serlo se permite tambien satirizar, toman pié del lamentable accidente ocurrido dias atrás en el ferro-carril del Mediterráneo para pedir severos castigos contra las empresas, responsables, segun ellos, de cuantas desgracias suelen acontecer, inclusa la última, (que no lo será de seguro).

No nos parece mal esto de que se ejerza gran vigilancia con las empresas, y se les sienta la mano cuando faltan; pero quisiéramos que los que las hacen responsables de todo tuvieran presente este cuentecillo, que viene aquí como de molde.

Habia en el Escorial un sastre, que cuando tocaba á su fin la obra del monasterio, visitaba diariamente los trabajos, y despues de dar su opinion sobre ellos, decia siempre de modo que le oyera alguno:

—¿Qué lástima de ángulo! Ese ángulo está torcido. ¿Por qué no corregirán ese ángulo?

Un día que Felipe II contemplaba embebido la magnífica mole, oyó decir al sastre, al pasar á su lado:

—Pues, señor, por más que digan, ese ángulo no está bien.

—¡Hombre! exclamó el rey volviéndose al crítico, ¿pues qué tiene de malo ese ángulo?

El sastre sonrió con aire de triunfo, y repuso:

—No sé, pero ello es que lo encuentro malo.

Felipe II le hizo algunas observaciones con objeto de obligarle á que se explicara, pero él se mantuvo en sus trece, sin afirmar otra cosa más sino que no le parecia bien el ángulo.

—Vamos á ver, ¿y qué es ángulo? preguntó el rey, picado ya de la tenacidad del sugeto.

—Ángulo, ángulo... dijo este balbuceando, ángulo debe ser la altura, ó la simetria, ó el orden...

—Pues, no señor, replicó el monarca; ángulo no es nada de eso; ángulo es meterse á hablar de lo que no se entiende.

Convengamos, ante todo, en que la descendencia del sastre del Escorial se ha propagado en nuestros dias con desdichada rapidez. Si no, vayan Vds. viendo los que se dedican á buscar el ángulo de las cosas.

Un bailarín criticaba dias atrás el chambergo nuevo que van á usar los cazadores; un usurero ponía en duda la utilidad del fusil de aguja, y una mujer se mesaba los cabellos leyendo la cotizacion. En fin, ¿qué más? yo he oido á Moreno Godino cuestionar sobre la raza de caballos Tarbes, y á Camprodon sobre materias filológicas.

De estos detalles individuales, de esta manía hereditaria del género humano, se ha formado una alta y vastísima ciencia que se llama la crítica, la sana crítica, porque hemos convenido que no siendo sana, no puede menos de ser mala crítica.

Y hé aquí que esa señora se te presenta en el teatro envenenando tal vez tus mejores alegrías; que vá como

impalpable sombra detrás de las novelas de Fernandez y Gonzalez, y delante de las de Parreño: que se viste con tu mismo frac si eres jorobado, ó se pasea con tu mujer si no llenas para con ella los deberes de buen marido.

Doblemos, pues, la cabeza ante los inescrutables designios de esa nueva deidad, que ha venido á reemplazar en nuestros dias al becerro de oro, cuya ganadería se ha extinguido, y suframos con resignación sus golpes, si quiera en descargo de los que hayamos propinado á nuestros prójimos.

¿Ustedes creerian al empezar este artículo que nosotros íbamos á criticar algo? No, señores; queriamos solo hacer constar, que tambien nosotros tenemos quien nos critique, acaso porque no nos entienda.

¿Está todo el mundo obligado á saber lo que es ángulo?

M. del Palacio.

UN MEETING DE MODISTAS.

(Conclusion.)

Una voz al paño.—¡Pues en buenas manos ha caido el ovillo!

Mma. Adela H...—Seré breve, señoras, é imploro de antemano la indulgencia de esta ilustrada asamblea, por las incorrecciones de mi lenguaje; yo no tengo costumbre de hablar en público, y aunque me jacto de saber arreglar como la mejor un bouquet de flores artificiales, confieso que soy un cero á la izquierda en materia de flores de retórica. Yo no sé *hilar* un discurso como el que Mma. Elisa C... acaba de pronunciarnos; pero en recompensa no quiero que nadie me gane á cortar un vestido...

Mma. Elisa C...—Pido la palabra para una alusion personal.

La presidenta.—Vd. la tiene.

Mma. Elisa C...—Desearia que la oradora me dijese si ha tenido intencion de inferirme una ofensa con ese corte de vestido tan recalado.

Mma. Adela H...—De ningun modo, señora. Yo sé perfectamente que Vd. maneja tan bien la tijera como la sin hueso.

(Rumores en la extrema izquierda.)

Mma. Elisa C...—Quedo satisfecha con esa explicacion.

Mma. Adela H...—Hecha esta salvedad, paso á los dos puntos que la asamblea se propone conciliar y resolver. En cuanto al primero, esto es, á los medios que hayan de emplearse para la propagacion del lujo, me adhiero completamente á los indicados por la digna oradora que me ha precedido en el uso de la palabra; pero no me sucede así respecto al segundo. Bueno que se forme una lista general de las principales tramposas blasonadas que

encierra Paris, con anotaciones marginales, y se publicuen la estrategia de que se vale cada una de ellas para pegar la tostada al prójimo, porque esta lista será para nosotras una preciosa norma de conducta; mas no puedo menos de combatir la idea de poner en conocimiento de los maridos los encargos que nos hagan sus costillas. Estos señores, cuyos principios económicos son por lo regular exageradísimos, no tardarian en *fruncir* el ceño ante nuestras cuentas, y en poner coto á los gastos inmoderados. Semejante medio, lejos de contribuir al fin que nos proponemos, contribuiría á causar nuestra inmediata ruina, porque la mayor parte de las que hoy gastan en moños treinta ó cuarenta mil francos anuales, sin permiso ni conocimiento del jefe de la familia, no vendrian á encargarnos ni un mal sombrero de tafetan, por temor á las disensiones domésticas.

Mma. Elisa C...—La preopinante no ha comprendido sin duda la profundidad, esto es, la intencion oculta, digámoslo así, de mi pensamiento.

Mma. Adela H...—Si Vd. se dignara explicármela...

Mma. Elisa C...—Voy á hacerlo con permiso de la asamblea.

El mal que Vd. prevé, no existirá mas que por un momento. La tramposa *pur sang* pondrá el grito en el cielo á la primera cuenta que vaya á manos de su marido; pero cuando recorra una por una las tiendas de Paris y se convenza de que en ninguna parte le abren crédito ni por un par de ligas, sin la garantía del editor responsable, concluirá, siempre que sea verdadera *lionna*, por hacer economías en el plato, y hasta en la educacion de sus hijos, á fin de pagar al contado sus vestidos de baile y sus adornos de blonda. Vds. saben que la pendiente del lujo es muy resbaladiza, y que una vez puesta en ella la planta, no puede uno detenerse hasta el abismo de la bancarrota. Se me dirá que sería mas sencillo no abrir crédito á esas petardistas de profesion; pero es preciso tener presente que á una duquesa, por ejemplo, no se la puede hacer un desaire tan marcado, ni tratarla de igual modo que si fuese una griseta del barrio latino.

Mma. Adela H...—Doy gracias á Mma. C... por sus explicaciones, y quedo convencida de la bondad de su sistema, tanto mas, cuanto que puede modificarse infinitamente en el terreno de la práctica; pero insisto en que se proceda á la formacion de una lista nominal de tramposas, con anotaciones al márgen, porque se me figura que ese documento debe servirnos de piedra de toque para obrar con arreglo al plan que Mma. Elisa C... nos ha conficionado con la sagacidad y el talento que la distinguen.

(La presidenta, sacando otro nombre del sombrero.)

Mma. Julia X...—puede Vd. ilustrar si gusta la cuestion.

Mma. Julia X...—Me parece sumamente acertado cuanto han dicho mis dignas colegas; por lo tanto, creo inútil insistir.

La presidenta.—Á Vd. le toca el turno, Mma. Elvira Q...

Mma. Elvira Q...—Lo mismo digo, señora presidenta: creo el punto suficientemente ilustrado y discutido, y soy de parecer que se pregunte al congreso si está conforme con las ideas emitidas por madamas C... y H... para

Y siguió su camino con más tranquilidad. Los golpes desahogan—cuando se regalan.

Llamó Joaquín á la puerta del cuarto de Severiano.

—¿Están los señores? preguntó.

La criada miró, cerró el ventanillo, volvió á abrirlo, y despues de cerciorarse bien, respondió:

—No sé si debo...

—Es lo único que suele saber mucha gente, interrumpió Joaquín.

—Si no me engaño, Vd. es...

—El mismo, hija; abre, que tengo prisa.

—¿No es Vd. el de la gresca?

—¿Qué gresca?

—El que armó aquella zaragata que tanto nos dió que sentir... ¡Pues bonita alhaja que es Vd.!

—¿A qué viene eso?

—¡Toma! Esto viene á que Vd. no puede entrar en esta casa.

—¿Por qué?

—Porque... porque no están los señores.

—¿Han salido?

—Así parece.

—Los esperaré.

—Pues espere Vd. sentado.

Y esto dicho, la criada dió un portazo cerrando el ventanillo, y se metió dentro.

—¡Ah! indiscreta fregatriz, yo te lo diré de misas... Y Joaquín empezó á tirar de la campanilla, que parecia que la casa se venia abajo.

Volvió la criada echando chispas.

—¿No le he dicho á Vd. que no hay nadie en casa?

—Pues abre... quiero dejar este paraguas, que es de tu amo... Me lo prestó una tarde que llovía.

—Yo no recibo nada.

—Pues yo no me vuelvo con él.

A todo esto, como el ruido de la campanilla habia sido tan estrepitoso, Manuela se habia acercado á la puerta.

—¿Quién llama con tanta furia, muchacha? preguntó á la criada.

—Aquel señor de marras.

—¿Ah! ¿Es Vd.? ¿Viene Vd. con nuevos enredos á esta casa?

—Señora, vengo á disculparme de la pasada incomodidad que proporcioné á Vd. por un error funesto que nunca acabaré de lamentar. Al mismo tiempo,

proceder acto continuó á la formacion de la lista indicada.

La presidenta.—Las señoras que se hallen conformes con los medios propuestos á la asamblea tendrán la bondad de levantarse para indicar su asentimiento.

Treinta y ocho de las cuarenta y cinco concurrentes se ponen en pié: las siete que permanecen sentadas son las comentaristas del discurso y de los dientes de Mma. C...

La presidenta—Una vez que el congreso adopta casi por unanimidad las indicaciones de madamas C... y H..., suplico á las secretarias que se preparen á escribir la nómina de las petardistas. Vayan Vds. dictando, de derecha á izquierda, el nombre y las cualidades de la parroquiana mas terrible.

—Marquesa R...—Paga bien la primera y la segunda cuenta, pero ninguna de las que pasen de este número.

—Duquesa de Vaun...—Tiene la costumbre de encargar una prenda cuando se le entrega otra para aplazar indefinidamente el pago.

Mariscala Toul...—Da siempre cinco francos de propina á la aprendiz que lleva la cuenta, pero nunca la salda.

—Baronesa Tyrat...—Siempre dice: «voy á mandar en seguida el importe,» pero este no llega jamás á manos de la modista.

—Condesa de Beauf...—Vuelva Vd. mañana.

—Vizcondesa de Saint-L...—No tengo ahora tiempo de ocuparme de esas pequeñeces.

—Generala Dup...—Siempre está en el campo.

—Mma. de la Guer...—Adelanta doscientos francos, sobre las hechuras para atrasar despues cuatro ó cinco mil. Esta especie es una de las mas peligrosas.

—Mma. de Sir...—Es una especuladora. Comercia por segunda mano con los fondos que debe á la modista y la paga al fin al cabo de cinco ó seis años con los réditos de su mismo dinero.

Si esta curiosa lista se leyera con nombres completos en mas de una tertulia del faubourg Saint-Germain, habia de producir el mismo efecto que una bomba caída sobre la Santa-Bárbara de un navío.

Cuando las secretarias concluyeron la nómina, se pusieron á extender el acta de la sesion.

Mientras tanto, se formaron grupos, se entablaron diálogos y volvió á convertirse el espacioso taller de Madama R... en una inmensa grillera, en una segunda torre de Babel.

Así que las secretarias *plancharon* lo escrito... con una hoja de papel secante, la presidenta volvió á ocupar el centro del sofá, agitó la campanilla y se restableció un poco el silencio.

—Señoras,—dijo—doy á Vds. las mas expresivas gracias por la manera altamente digna y sensata, como se han conducido en esta noche memorable que, á no dudarlo, formará época en los fastos modistiles de la nacion francesa. Les recomiendo que observen con la mayor religiosidad las medidas que acaban de tomarse, porque, según dije en mi discurso preliminar, de ello depende el porvenir del noble arte de la tijera, y porque así contribuimos tambien á la felicidad de las clases prole-

AVENTURAS DE UN RECIEN NACIDO. (4)

(Continuacion.)

Ahora que tenemos la situacion clara, sigamos el relato.

Cuando Joaquín pasaba por la calle de Barrio-Nuevo, tropezó con el paraguas á un escribano que iba de prisa. Joaquín se oyó llamar animal, pero no hizo caso.

Más adelante añadió un vendedor de sombrillas:

—Caballero, ¿lo vende Vd.?

—No.

—¿Si quiere cambiar por la sombrilla?

—Tampoco.

—Entonces, ¿á dónde va Vd. con ese armatoste?

—A donde me da la gana.

—Vamos, es que Vd. será tambien aragonés y sabrá que va á llover.

Joaquín se paró: aquello de aragonés le picó un poco; efectivamente era aragonés.

—¿Qué quiere Vd. decir con eso de aragonés? Preguntó cuadrándose delante del de las sombrillas.

—Quiero decir que todos los que saben cuando va á tronar son aragoneses.

—Pues yo soy aragonés; ¿y qué, vamos? ¿Tiene usted que decir algo de los aragoneses?

—Yo no, ¿y Vd.? Solo diré que como son tan sábios...

Joaquín se mordió los labios. El de las sombrillas continuó:

—Pues como son tan sábios y saben siempre cuando va á llover...

—Y tambien saben cuando va á caer el rayo, añadió Joaquín levantando el paraguas.

—¿De veras? ¡Jé, jé! dijo burlándose el de las sombrillas. ¿Y cuándo tronará?

—Ahora mismo.

—¿Puede!

No acabó de decir esta palabra el contrario de Joaquín, cuando recibió un paraguazo en la cabeza.

—¿Lo vé Vd.? dijo despues, un aragones no se equivoca en sus pronósticos.

(4) Véase desde el número 44.

quiero dar las gracias y este paraguas á su marido.

—Pase Vd., caballero.

Joaquín fué introducido en la habitacion donde se encontraba Severiano.

—Caballero D. Severiano, aquí tiene Vd. su paraguas, y dispense si he tardado tanto en devolvérselo; pero las vicisitudes por que he pasado no me han dejado tiempo para cumplir con Vd. como era de mi deber.

—Buen disgusto nos dió Vd. con su niño.

—No fué culpa mia, sino de la distraccion de la nodriza. Y dé Vd. gracias al cielo que acudí á tiempo de desvanecer el error, porque de lo contrario, á estas horas se encontraría Vd. perplejo al hallar que la Tuerta criaba para Vd. un niño, en vez de la niña que Vds. le entregaron. En fin, esto pasó, y Vd. ha vuelto á recobrar bien pronto la calma y la tranquilidad, que tan necesarias son para digerir el cotidiano garbanzo. Pero ¡yo! Yo *sono maledetto*, como dicen en las óperas. Yo he perdido á mi hijo...

—¿Es posible!

—Es decir, se me ha eclipsado por culpa de su tío, que me lo echó en la Inclusa creyendo que era de Vd. Por lo visto á su tío no le gustan los hijos de Castilla.

—¿Cómo no lo ha sacado Vd. ya?

—Sí, sí, facilito es. ¡Todavía el infeliz mama de pechos extraños y desconocidos, lejos del mundo, lejos de sus padres y lejos de la casa paterna!

—Lo siento mucho, pero...

—Sé lo que va Vd. á decirme, caballero;—Vd. no tiene la culpa. Ni esta señora tampoco tiene la culpa. La tiene solo mi mala suerte. ¡Paciencia, resignacion, confianza! Todo lo llevaria yo con gusto si el cielo no me hubiera dotado, al casarme, de una suegra que es lo que hay que tener, y de un amigo con peluca que es lo que no se ha visto ni verá. Entre los dos me tienen la sangre frita y la cabeza á pájaros. ¿No ha tenido Vd. suegra?

—Jamás.

—Deme Vd. la mano, Vd. es un hombre. ¿No tiene usted suegra, verdad? ¡Oh, feliz D. Severiano! ¿Y qué ha hecho Vd. de ella? ¿Cómo ha podido Vd. deshacerse del enemigo? ¿Por ventura la ha extrangulado Vd.?

—¿Hombre!

Luis Rivera.

(Se concluirá.)

UN VIAJE Á LA EXPOSICION DE PARIS,—POR CONTRATA.

(CONCLUSION.)



El Cicerone.

—Mosiu, voila Nôtre Damme.
 —¡Ah!!!!!!
 —En la mano derrecho, el ventana per que Cuasimodo mirraba á la Esmeralda bailar el fandangóó.
 —¡Oh!!! ¡Es admirable!!! En Madrid no hay nada de esto.



En una Sastreria.

—¿Qué te parece, Robustiana?
 —Se me figura que hace una arruguita en la espalda.
 —¡Imposible! ¿No sabes que el corte de Paris es el mejor?



En la Exposicion.

—Núm. 72.—Modelo del Teatro Nacional de Madrid.
 —¿Y por qué estará tapado?
 —Será para que no lo vean y hagan otro igual.



—¡Mira, mira, chica! ¡Este es el verdadero zancarron de Mahoma, segun dice el Catálogo!
 —¡Y parece enteramente de una persona!

tarias y al desarrollo del comercio y de la industria. Nuestro segundo meeting se celebrará dentro de seis meses.

Queda levantada la sesion.
 Eran las doce y veinte minutos.

Federico de la Vega.

Y VA DE CUENTO.

Moraban en un pueblo de Castilla dos hermanos mellizos, los dos, de los más ricos de la villa, muy sanos y rollizos. Solo en carácter eran diferentes, pues mientras uno el campo cultivaba, el otro, á los labriegos indigentes con préstamos y usuras explotaba. Vivía en el lugar, pared frontera de la casa del uno,

un beato de blanca cabellera, pero en el fondo, un tuno. Con cautela y con maña, de los dos era amigo y consejero, cosa que aquí en España acostumbra pasar de enero á enero. Un dia el labrador, cuya franqueza le dió fama de tonto; reza, le dijo, reza para que llueva pronto. El campo está sediento y las mieses perdidas, pide á Dios agua, y te dará al momento seis fanegas de trigo bien medidas. Aquella misma noche el otro hermano se lo encontró en la plaza, llamóle aparte, y en su acento ufano le dijo con cachaza:

—Si sigue esta sequía se va á poner el trigo por los cielos, y en llegando ese dia

tendrán premio cumplido mis desvelos. Reza, por tanto, reza porque el Señor nos mire como amigo, y para socorrerte en tu pobreza yo seis fanegas te daré de trigo.

A rezar en la iglesia entró el beato, y con acento de piedad sentida, ante la Virgen prosternóse un rato exclamando en seguida:

—Madre de amor benéfica y clemente, si oyes el ruego que hasta tí se eleva, no desaires al pobre penitente, y haz que llueva mañana... ó que no llueva, pues, á Dios gracias, me es indiferente.

«Esto es lo que me digo cuando oigo hablar en ciertas ocasiones; que rezan aquí muchos por el trigo, y yo no puedo ver á los gorriones.»

M. del Palacio.

CABOS SUELTOS.

Segun refiere *La Correspondencia*, ha empezado á generalizarse entre las damas un cosmético que se llama *blanco de cera de Matilde Dies*.

Es mucha celebridad esta que no deja al individuo ni aun pintarse tranquilamente.

En Vizcaya se ha pescado hace pocos dias una tortuga que pesa siete arrobas.

Tortuga no, pero académico conozco alguno más pesado.

Los editores Gaspar y Roig han publicado un curioso libro titulado *Historia de las hormigas*.

Muy aprovechados son estos animalitos, pero hay hombres que lo son más todavía.

Aquí tienen Vds. un apellido alemán:

Pzlntrplpstrels.

Se da un premio al español que lo pronuncie bien.

Delante de varios franceses se hablaba del asunto del día,—la guerra entre Prusia y Francia.

Uno dijo:

—No hay nada tan brillante como un cuerpo de ejército prusiano.

—Lo creo, respondió un francés; tiene *brillo*, porque nosotros lo hemos *frotado* mucho.

Con motivo de la próxima guerra, no hay que echar en saco roto que el ministro de la Guerra prusiano se llama *Roon*.

¡Digo, si toserá fuerte!

En cualquiera mujer hay dos mentiras, de tal modo, lector, que una tiene en los labios, y la otra en la imaginación.

Por fin no viene la Patti al teatro Real.

Yo lo sabía desde antes que se concediera la próroga.

En Novedades se hacen grandes preparativos para poner en escena *El Dos de Mayo*.

Lo he visto ya, pero tengo gana de volverlo á ver.

Yo me arrimé á un burro negro para librarme del frio, y el burro me dió una coz de padre y muy señor mio.

Dicen á *La Reforma* en una carta de París: «Los sábios están asombrados del descubrimiento que acaba de hacerse en Pompeya de un frasco que contiene agua potable depositada allí hace 1,800 años.»

Un borracho, al leer esta noticia, exclamó:

—Lo más raro es que en tanto tiempo no se haya convertido en aguardiente.

Se ha desistido de llevar á Portugal *La espada de Satandás*.

Los portugueses prefieren la espada de Bernardo.

Siempre que se anuncia una guerra, los periódicos se empeñan en hacernos creer que va á arder toda Europa. Vino la de Italia y Francia contra Austria, y no ardió Europa.

Vino la de Prusia y Austria contra Dinamarca, y tampoco ardió Europa.

Vino la de Prusia é Italia contra Austria, y tampoco ardió Europa.

Hoy se aproxima la de Francia contra Prusia, y tampoco arderá toda Europa.

Está visto que solo se queman los que atizan el incendio.

La clemencia de Dios es infinita, y esto se echa de ver, si meditamos que salvarse pueden el hombre y la mujer.

Se confirma la locura de la emperatriz Carlota, esposa de Maximiliano. Los médicos aseguran que ya no tiene remedio.

Al mismo tiempo Maximiliano es derrotado en Méjico. Consecuencias de la tenacidad de Napoleon III.

Con el nombre de *Proteccion mútua*, se ha establecido en esta córte una gran casa de comision mercantil é industrial con sucursales en toda España, que se propone desarrollar un vasto pensamiento económico, beneficioso en alto grado para el público, y más especialmente para los comerciantes é industriales que se le asocien. Las ideas desenvueltas en el prospecto y las condiciones que fija para los suscritores son tan patrióticas y desinteresadas, que deben encontrar eco en toda clase de personas, sin que inspire desconfianza ni recelo, puesto que nada pide al público, antes al contrario proporciona probabilidades á sus *coasociados* para reintegrarse de lo que consuman en las cosas necesarias para la vida.

Este es el plan de la *Proteccion mútua*, cuyos detalles encontrarán nuestros lectores en el prospecto.

La novela de una mujer.

Soneto.

—Nací entre peñas cual silvestre flor,
y entre árboles y pájaros viví;
el dulce canto del jilguero oí,
y aspiré de las flores el olor.

Mas un día perdí tanto candor:
á un hermoso mancebo conocí,
y desde entonces en el alma di
entrada á un puro y gigantesco amor.

Tambien de mí se enamoró el galan,
y el tiempo aquel para nosotros fué
horas de amor, en que con loco afan
nos juramos los dos eterna fé.

¡Aquellos juramentos, ¿dónde están?

—Y á mí, señora, ¿qué me cuenta usted?

No sé qué clase de conspiracion contra el público ha entablado hace tiempo *La Correspondencia*.

Apenas pasa dia sin que nos dé noticia de lo que canta, lo que cantó y lo que cantará la señorita Esteban.

Ultimamente, anunciando dos obras nuevas que van á representarse en el Circo, dice que se estrenaron en Barcelona, tomando parte en ellas la señorita Esteban, que *mereció grandes aplausos de aquel público*.

¿Y á quién se lo cuenta Vd.?

El día ménos pensado nos vamos á encontrar en *La Correspondencia* un suelto por este estilo:

«Esta mañana se levantó á las ocho la señorita Esteban. No ha roncado en toda la noche.»

El 1.º de abril se celebró en Berlin con gran entusiasmo, al parecer, el 52 aniversario del nacimiento de Bismark.

Los alemanes han festejado al hombre bajo cuyo ministerio se ha dado al mundo el feliz descubrimiento del fusil de aguja.

¡Oh patria de los filósofos!

En París se espera que llegue uno de estos dias, de su vuelta de Méjico, el general Bazaine.

Se suprimen las coronas y los laureles.

Serenata.

Niña mia, que duermes
sola en tu cama;
despierta y oye el canto
del que te ama.
Lucé el palmito,
verás cómo te quiere
tu señorito.

Hace más de una hora
que estoy cantando,
y mi pobre garganta
se va secando.

¡Buen Dios! ¡alerta!
que la niña inocente
ya se despierta.

¿Sales á la ventana?
Sí, ya te veo;
ya le has dado un cachete
al dios Morfeo.
¡Dios te conserve
la sangre que en tus venas
amante hierva!

Rosa de Alejandría,
niña inocente,
iman de mis amores,
(¡uf qué elocuente!)
Hoy si que canto
en vez de, á la peana,
al mismo santo.

Rica en aromas sales
á la ventana,
y perfumas las auras
de la mañana
¡Dios te bendiga
desde los pies al pelo,
de abajo arriba!

Viene el sereno... callo,
porque es prudente,
y el sereno, alma mia,
tambien es gente.
¡Quién refunfuña
ante el hombre que airado
el chuzo empuña?

Ya pasó: escucha, niña,
lo que te quiero,
lo que voy á decirte
es verdadero.
Escucha atenta,
de todas mis palabras
saca la cuenta.

Hermosa de mi vida,
de ojos de fuego,
voy á fumar un puro
volveré luego.
Que el amor mio
me está diciendo á voces
que aquí hace frio.

Gerardo Blanco.

PASATIEMPO.

Solucion á las Charadas del número anterior:—1.ª *Cadete*.—2.ª *Celaje*.—3.ª *Pegata*.

JEROGLÍFICO.



(La solucion en el número próximo.)

ANUNCIOS.

ALMANAQUE CÓMICO DE GIL BLAS PARA 1867.

Un volúmen de 64 páginas con chistosísimas caricaturas por Ortego y Rico. Texto por los redactores de GIL BLAS. Se vende en la Administracion del periódico y en las principales librerías, á 4 rs. en Madrid y 5 en provincias.

BAZAR DE CALZADO.

Calle de la Montera, núm. 2.

Gran surtido para caballeros, señoras y niños; calzado de becerro de una y dos suelas, de vaca, de charol y saten, charol y chagren. Becerrillo fino y cabritilla, etc., etc. Lo más elegante de construcción alemana. Precios moderados.

DEVOCIONARIOS Y SEMANAS SANTAS

con encuadernaciones de lujo y económicas.

En la librería de Gaspar y Roig, calle del Príncipe, número 4, se hallará el más completo surtido y con notable baratura.

Editor responsable, D. JOSÉ PEREZ.

MADRID: 1867.

IMPRESA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CEBEZA 27.